CHIRI YUKIE

Cantos de dioses ainu

Traducción, estudio preliminar y notas
GUSTAVO BEADE

EDICIÓN BILINGÜE

EDITORIAL DUINO
POESÍA Y POÉTICA

CHIRI, YUKIE
CANTOS DE DIOSES AINU / YUKIE CHIRI; PREFACIO DE GUSTAVO BEADE. -
1A ED - CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES: ARIEL LEONARDO PÉREZ GUZMÁN, 2021.
186 P.; 21 X 14 CM.

TRADUCCIÓN DE: GUSTAVO BEADE.
ISBN 978-987-86-8328-7

1. POESÍA. 2. TRADUCCIÓN. 3. PUEBLOS ORIGINARIOS. I. BEADE, GUSTAVO, PREF. II. BEADE, GUSTAVO , TRAD. III. TÍTULO.

CDD 895.61

© Traducción, estudio preliminar y notas: Gustavo Beade
ISBN 978-987-86-8328-7

Dirección editorial: Ariel Pérez Guzmán

Revisión de pruebas: Pablo Puel

Impreso en Docuprint,
Haendel L3, Garín, Buenos Aires

Primera edición
Buenos Aires, 2021

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

© Editorial Duino
facebook: @editorialduino
email: editorialduino@gmail.com

Ultima página:
Búho pescador de Blakiston, el dios-búho, tallado en el arco de entrada al parque Akan-ko Ainu Kotan, junto al lago Akan, Hokkaidō, Japón.

Tapa:
Trama libre a partir de detalle en un *rūnpe*, vestido ainu de fiesta en tela de algodón. Este diseño de púas tenía la función de proteger el cuerpo contra los malos espíritus. Pieza del Museo Nacional Ainu, Shiraoi, Hokkaidō, Japón.

Introducción
La extinción y la poesía

El 11 de mayo de 1922, una madre acompaña a su hija de diecinueve años hasta el puerto de Muroran, sobre la costa sur de la isla de Hokkaidō. La joven está por emprender su primer viaje: se dirige a la remota Tokio para vivir por un tiempo en casa de Kindaichi Kyōsuke, lingüista de la Universidad Imperial; allí, además de algún trabajo de costura y ayudar en la crianza de su hijo, podrá concentrarse en la revisión de los cuadernos que el profesor le ha ido enviando y ella ha ido completando con nítida caligrafía: en página izquierda, poemas del pueblo ainu transcriptos en letras romanas; en la derecha, su propia traducción al japonés de los poemas.

La joven se llamaba Chiri Yukie[1], y el profesor Kindaichi la había conocido en 1918 por recomendación del reverendo John Batchelor, quien llevaba ya largas décadas misionando entre los ainu y estudiando en profundidad su idioma y su cultura. Chiri –toda su familia– era ainu; tanto su abuela (con quien había vivido un par de años durante la niñez) como su tía (en cuyo hogar vivía ahora) estaban formadas en el arte del canto ancestral, y se contaban así entre las últimas representantes de una milenaria tradición de bardos –hombres y mujeres– encargados de la transmisión y preservación de los antiguos poemas.

[1] Conservamos, *hic et pass.*, el orden onomástico del japonés, anteponiendo el apellido (Chiri, Kindaichi) al nombre de pila (Yukie, Kyōsuke).

La joven había asistido a la escuela para niños ainu del reverendo Batchelor, donde había aprendido a leer y a escribir el japonés, tenía un desempeño sobresaliente y se destacaba por su excelente redacción. En 1918, cuando el profesor Kindaichi emprendió el largo viaje de Tokio a la región de Noboribetsu[2], en el sudoeste de Hokkaidō, y visitó el hogar de la familia, quedó impresionado por el talento de la pequeña Chiri, y puso en juego todo su arsenal argumentativo para convencerla de cuán importante sería que ella se encargara de fijar por escrito el enorme corpus de literatura oral de ese pueblo ya entonces claramente condenado a una próxima extinción:

> *Yo le aconsejé una y otra vez que registrara la herencia de sus abuelos contenida en la poesía épica de su pueblo, porque "lo que fácilmente desaparece es muy preciado". Además, su fuerte era la traducción al japonés utilizando frases elegantes, por lo que las futuras generaciones podrían comprender el contraste y el ambiente en que Yukie había llevado a cabo este irreemplazable trabajo* [3].

Chiri aceptó con alegría el desafío, quizá incluso con orgullo por la carga que a ella –una niña todavía– le confiaban, pero sobre todo con la convicción y el empuje propios de su tan temprana edad, y comenzó a llenar los cuadernos en blanco que Kindaichi le enviaba y a remi-

[2] Nupur-pet. Gran parte de los topónimos de Hokkaidō son transliteraciones japonesas de las denominaciones ainu.
[3] Kindaichi Kyōsuke, citado en Muñoz González, 233 s. Las referencias bibliográficas remiten, *hic et pass.*, a los autores de nuestra Bibliografía.

tírselos, uno tras otro, a la capital imperial. Con cada serie de escritos recibidos crecía, a su vez, el entusiasmo del propio Kindaichi por el tesoro que veía en esos textos[4]: no solo la riqueza intrínseca de los cantos, no solo el hecho en sí de poder preservar por escrito la enorme, y hasta entonces rudimentariamente conocida, tradición literaria de una cultura ágrafa destinada a su pronta desaparición, sino también el esmero y la belleza con que Chiri –adaptando el sistema de romanización creado por el reverendo Batchelor– iba fijando los poemas que había oído de su abuela y que oía de su tía, y los traducía al fluir de un japonés sólido, elegante y diáfano a la vez.

El primero de los cuadernos llega a casa de Kindaichi, probablemente, en abril de 1921; contiene una gran cantidad de textos de géneros diversos, entre ellos nueve *kamui yūkar* (cantos de dioses[5]). El profesor llora lágrimas de felicidad –así escribe, conmovido, en su carta de agradecimiento– al echar una primera ojeada y comprobar la calidad excepcional del material. Un mes más tarde, habiéndolo estudiado con detenimiento, en otra carta declara:

> *Ya con este único tomo que tu pluma ha recogido, podrá presentársele al mundo el bellísimo espíritu de la verdadera cultura de tu pueblo* [6].

[4] "Creo que" –escribe en carta a Chiri– "junto a la épica griega, latina, hindú y finlandesa, los *yūkar* son una de las cinco grandes poesías épicas del mundo." (Citado en Hirano, 5.)
[5] El término ainu *kamui* proviene del japonés *kami*, tradicionalmente traducido como *dios*. Sobre la naturaleza de estos "seres espirituales", v. Strong, 6 s.
[6] Strong, 38. Las versiones del inglés, *hic et pass.*, son nuestras.

En septiembre llegan dos cuadernos más, uno de los cuales contiene cinco *kamui yūkar*. Kindaichi no ahorra elogios, ni ante Chiri ni ante otros, impresionado por el duro trabajo de la joven y el esplendor del material, y toma la firme decisión de hacerlo publicar por el etnólogo y folklorista Yanagita Kunio, quien en ese entonces dirigía una colección llamada Rohen (Junto al Fuego) dedicada a recopilar cuentos de la tradición oral japonesa.

Chiri, en Noboribetsu y sin acceso a los cuadernos ya enviados, emprende la tarea de reescribir esos trece cantos de dioses (una reescritura que no hacía sino reflejar los modos de reproducción constitutivos de toda cultura ágrafa[7]), ya pensando en un público más amplio que el lingüista Kindaichi. A principios de marzo de 1922, envía el nuevo manuscrito. Su mentor le reitera, con un fervor potenciado por lo que percibe en esas páginas, una vieja propuesta: que la joven viaje a Tokio y se instale por un tiempo en su hogar, donde podrá disponer de la tranquilidad para concentrarse en el trabajo de edición, además de impartirle al profesor clases de conversación en ainu. La decisión no es sencilla ni para ella ni para sus padres: el viaje desde el norte es extenuante, el clima del verano tokiota resulta poco auspicioso y Chiri padece de una afección cardíaca congénita que en no pocas oportunidades la ha hecho guardar cama durante prolongadas temporadas. No obstante acepta feliz, ahora sí, la oferta tantas veces reiterada, y llega a la capital en ese mismo mes de mayo, para sumergirse con la seriedad y la pasión

[7] Strong, 39.

de siempre en la tarea que ha emprendido años atrás: dar a conocer al mundo las palabras de su pueblo antes que la modernización planificada acabe, irrefrenable, con los últimos remanentes de su gente y su cultura.

El agotador trabajo con los manuscritos, la colaboración en las tareas del hogar y el verano extremadamente húmedo y caluroso del Japón central resienten, efectivamente, la débil salud de la joven. A principios de agosto comienza a sentirse mal, y tras una leve mejoría cae seriamente enferma hacia el final de ese mes. Chiri desea regresar a casa –la gran isla de Hokkaidō, el país de su pueblo, la tierra de los ainu que con tanto ardor añora–, pero el médico no se anima a autorizar un viaje de esa magnitud en semejantes condiciones. El 7 de septiembre Kindaichi la hace revisar por un eminente doctor, el cual dictamina que Chiri (que aún abriga esperanzas de volver junto a su novio en Noboribetsu) no es apta para casarse y tener hijos; la conclusión no es nueva para la joven, ni tiene mayor implicancia si no fuese que parece dar la nota de un destino colectivo. Chiri morirá de un ataque fulminante la noche del 22, no sin antes haber dejado a punto de edición esos trece *kamui yūkar*.

El libro apareció, tal como estaba planeado, el mes de agosto siguiente; fue la única publicación de la serie Rohen durante 1923, respetaba la configuración bilingüe que Chiri le había dado y llevaba el título japonés *Ainu shinyōshū* (Colección de cantos de dioses ainu). Con ello se convirtió no solo en el primer volumen escrito por un hablante nativo del ainu sino probablemente también –lo hace notar Benjamin Petersen– en la primera obra li-

teraria impresa proveniente de una cultura chamanística. Ya en aquel entonces fue muy positivamente recibido, y apenas tres años después se hizo necesario reimprimirlo: los estudiosos valoraban, por cierto, su innegable relevancia documental, pero también el enorme mérito artístico de esos antiquísimos poemas. Volvió a editarse en los 70, cuando el mundo de los ainu no era ya más que un recuerdo. Chiri había hecho realidad ese sueño que –tal como consta en su prólogo– les depararía a ella y a sus ancestros la mayor felicidad: dar a conocer a muchos las bellas palabras de su pueblo.

La historia de los pueblos sin Historia

No disponemos de noticias acerca del origen de los ainu, algo habitual y tanto más aún en el caso de culturas ágrafas. Pero en lo que hace a este pueblo, el misterio dio lugar a las más denodadas especulaciones. Muy notoriamente, a aquella que le adjudicaba una filiación vagamente "aria", una suerte de inexplicable isla caucásica novelescamente encallada en el mar más allá de los extremos boreales del Asia oriental. Ya en 1887 el también profesor de la Universidad Imperial de Tokio y patriarca de la japonología europea, Basil Hall Chamberlain (acaso británicamente ansioso por descartar todo parentesco con unos bárbaros que considera "peludos", "estúpidos" y de "cerebro débil") aduce que el único asidero de semejante teoría sería que los ainu, con sus largas barbas negras, parecen campesinos rusos[8].

[8] Chamberlain, 9 s., 12.

Lo cierto es que hasta la fecha no disponemos de evidencia de ningún vínculo genético ni con la (igualmente huérfana) etnia japonesa ni con otros pueblos asiáticos, y que esa oscuridad de procedencia está relacionada con una insularidad idiomática: salvando algún rasgo tipológico compartido con el japonés (que en sí muy poco indica sobre troncos en común), y más allá de la existencia de palabras similares que no son sino préstamos lingüísticos producto de un milenio de contacto, también la genealogía de la lengua ainu sigue siéndonos ignota.

Sí sabemos que hace mil quinientos años los ainu habitaban la isla de Hokkaidō, las Kuriles, Sajalín y, quizá, también una porción más o menos importante de Honshū; que las crónicas japonesas consignan una campaña militar sobre Hokkaidō en fecha tan temprana como 658; que los japoneses de los períodos Nara (710-794) y Heian (794-1185) solían guerrear y comerciar con ellos; que por aquel entonces los ainu compartían un ámbito geográfico con pueblos septentrionales de la cultura de Ojotsk (establecidos en Hokkaidō y en las islas Kuriles, y absorbidos quizá luego por los ainu), y que una larga serie de conflictos bélicos con los japoneses entre los siglos XV y XVII terminaron imponiendo el dominio del feudo de Matsumae (Honshū septentrional) sobre todo Hokkaidō.

Sabemos también que vivían de la caza y de la pesca fluvial y marina, de la recolección y de una muy rudimentaria agricultura; que (en contraste con otras culturas cazadoras-recolectoras) eran sedentarios, habitando pequeñas aldeas autónomas emplazadas a la vera de los ríos; que no conocían más animales domésticos que los

perros que asistían en la caza y los caballos, introducidos en época tardía por los japoneses; que ignoraban el cultivo del arroz, no trabajaban metales y no tenían ni dinero ni escritura; y que pese a sus primarias herramientas y al crudo clima del Pacífico boreal su economía, dechado de exitosa adaptación al medio ambiente, gozaba de una estable solidez, lo cual no solo les permitía la imprescindible acumulación de reservas para los meses de invierno sino también un superávit de bienes que empleaban en onerosas ceremonias sacrificiales (culto del oso), en la confección de elaborados objetos artesanales (telas bordadas, talla en madera) y en un escasamente equitativo comercio con los japoneses (pieles, pescado seco, halcones, a cambio de lo cual obtenían modestas manufacturas de orden suntuario)[9].

En 1822, los ainu de Hokkaidō aún superaban cómodamente las 21.000 personas, pero tres décadas más tarde esa cifra se había reducido a unos 16.000; la merma se relaciona con la expansión de enfermedades infecciosas a consecuencia de un contacto cada vez más intenso con los vecinos del sur[10]. Fomentado por comerciantes de *sake*, también el alcohol hacía estragos. En 1868, para el inicio de la era Meiji, la población había perforado irreversiblemente el piso de 16.000.

A partir de ese momento, la restauración en Tokio del antiguo poder imperial y el programa de modernización masiva según patrones occidentales emprendido por el nuevo emperador terminaron logrando, al cabo de un

[9] Philippi, 5 s.
[10] Philippi, 3.

puñado de decenios, lo que no habían conseguido doce siglos de batallas e intercambios comerciales: la extinción del pueblo ainu y su cultura. Como en tantas otras tierras extensivas (Rusia, América del Norte, la Argentina), en la gran isla de Ezochi –que solo en aquel entonces pasó a llamarse Hokkaidō– se impuso un modelo de avance de frontera en gran escala: escolarización compulsiva, prohibición de la caza y de la pesca, del idioma y de los nombres ainu, impulso al establecimiento de colonos japoneses, contratación de especialistas europeos para enseñar en la Escuela de Agronomía de la recién fundada capital, Sapporo. La visión mítico-positivista de un Estado nacional monolítico acabaría por quitarle todo resto de sustento económico y cultural a ese pueblo periférico sobre el cual pesaba ya un milenio largo de declive por contacto en condición de inequidad.

La literatura *avant la lettre*

En tal marco no sorprende que los dos grandes nombres inaugurales en el campo del estudio de los ainu sean un académico y un misionero ingleses. Para Basil Hall Chamberlain –padre de la japonología europea, primer traductor del *Kojiki* (texto de principios del siglo VIII que inaugura la literatura del Japón)– la diferencia más ostensible entre ainu y japoneses es que aquellos son pilosos e imbéciles. Alrededor de 1886, Chamberlain había hecho varios viajes a Hokkaidō para estudiar el idioma y el folklore de los ainu, y al año siguiente publica en la Universidad de Tokio (donde tenía la cátedra de Japonés y Literatura) el primer tratado de largo aliento sobre ese